

Juan Eugenio

el espíritu del Romanticismo

Ángel Esteban



Como escritor, como bibliotecario, erudito y crítico literario, el madrileño Hartzenbusch (1806-1880) fue uno de los intelectuales de su tiempo que mejor entendió el Romanticismo, y de ahí su pasión por la conservación del pasado. La Biblioteca Nacional —que dirigió durante trece años— no sólo fue su tesoro, sino también el lugar donde residía, en forma de libros, el espíritu del pueblo.

Hartzenbusch,

Cualquiera que viaje de Granada a Sevilla puede observar, poco antes de llegar a Archidona, una gran roca que se eleva, desafiante, sobre la llanura antequerana. Vista así, de este a oeste, parece una enorme cabeza de indio, con la nariz en el cenit y mirando al cielo. Es de las pocas montañas que tienen dos nombres: "La Cara del Indio", obviamente, y "La Peña de los Enamorados". Cuenta la leyenda que, en la Edad Media, la hija de un alcalde musulmán de Archidona liberó a su enamorado, un preso cristiano de Antequera. Una vez fuera de la mazmorra, ambos huyeron a la montaña, y fueron perseguidos por las tropas musulmanas. Cuando se vieron acorralados, comprendieron que la única manera de mantenerse juntos para siempre era arrojarse, para morir unidos, desde la nariz del indio, al vacío.

Esta historia tiene muchísimas reproducciones en la literatura universal. Romeo y Julieta, Carlos y Cumandá, etc., y *Los amantes de Teruel*, drama que llevó a la fama a Hartzenbusch en 1837, inspirado en una leyenda homónima, que a su vez tuvo

de Isabel casan a su hija con el Señor de Azagra. Diego, que ha tratado de llegar antes de la boda para evitarla, no lo consigue, y muere delante de su amada, nada más conocer la noticia de la boda. Ella, que se da cuenta de lo que ha hecho con su vida y con la de la persona a la que verdaderamente ama, muere también, de amor profundo a la persona que nunca ha sido suya.

Treinta años tenía el escritor y bibliotecario madrileño cuando escribió esa pieza maestra del Romanticismo, pero para entonces su labor literaria ya empezaba a ser más que fecunda, porque su afición a los libros y al teatro data de su infancia. Todo lo cual es más meritorio si consideramos que su padre fue ebanista y que Juan Eugenio comenzó trabajando en ese noble oficio, pero alejado de los libros. De hecho, cuando Hartzenbusch fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional en 1862, trasladó a su despacho una mesa escritorio de madera que él mismo construyó, y la utilizó a diario durante los trece años que ocupó el cargo. Esa reliquia sigue viva en la sede de la Biblioteca

Treinta años tenía el escritor y bibliotecario madrileño cuando escribió Los amantes de Teruel, pieza maestra del Romanticismo, pero para entonces su labor literaria ya empezaba a ser más que fecunda, porque su afición a los libros y al teatro data de su infancia.

su origen en una idea del *Decamerón* de Boccaccio, en la que el pobre caballero Diego Marsilla, enamorado de Isabel Segura, obtiene de los padres de ella un plazo para alcanzar fortuna y casarse con su hija. Para ello marcha a la guerra, y cuando vuelve, lleno de riquezas, es apresado por los moros de Valencia. Con el paso del tiempo, los padres

Nacional, junto con unas pequeñas gafas que solía usar para leer.

Cuando, en 2006, se le rindió un homenaje al autor de *Los amantes de Teruel* para conmemorar el segundo Centenario de su nacimiento, Rosa Regás, entonces Directora de la Biblioteca Nacional, con-

tó la anécdota del director-carpintero, mientras señalaba la versatilidad del personaje: trabajador manual, autor teatral, poeta, oficial y director de bibliotecas, traductor, académico de la lengua, ensayista, filólogo, crítico literario, esposo desde los catorce años y vuelto a casar después de enviudar todavía muy joven, fabulista y taquígrafo en el *Diario de Sesiones del Congreso*.

En efecto, ese día 13 de septiembre de 2006, justo doscientos años y una semana después de su nacimiento, la Biblioteca Nacional le dedicó un día de conferencias y actos conmemorativos en los que se destacaron sus múltiples cualidades intelectuales, pedagógicas, personales, y las relativas al fomento de la lectura. El Director General del Libro, Archivo y Bibliotecas, Rogelio Blanco, habló de su vertiente literaria y señaló a Hartzenbusch como uno de los padres de la propiedad intelectual. A continuación, Jesús Martínez, Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense, hizo un amplio repaso sobre la biografía del homenajeado y su contexto histórico, sobre

manuscritos, etc.) y a la difusión de los fondos para el uso de todos los interesados en la lectura o la investigación. Por ejemplo, Joseph-Francesc Valls, en su libro *Prensa y burguesía en el XIX español*, comenta cómo el madrileño recibía la prensa periódica y, tras catalogarla, iba confeccionando unos gráficos acerca de la situación de la prensa en España, algo que realizó incluso después de abandonar el cargo. Hartzenbusch sabía que desde 1771 se pidió a todos los editores de folletos periódicos que enviaran un ejemplar de cada número a la Biblioteca y que, aunque no todos lo hacían, con lo que allí llegaba se podía hacer una idea exacta de lo que se publicaba en España, de las tendencias de la prensa, los gustos del público y los avatares políticos del momento¹. Su labor fue tan fecunda, y su preocupación por los usuarios tan vehemente, que Marcelino Menéndez Pelayo, otro gran académico de la lengua y director en la misma biblioteca pocos años más tarde, lo recordaba así en sus dos facetas, en su discurso "De la poesía mística", leído el seis de marzo de 1881, en el acto de su recepción en la Real Academia Española:

En 1844 obtuvo un trabajo como oficial primero en la Biblioteca Nacional; tres años más tarde fue elegido académico y compaginó sus dos cargos hasta que en 1854 fue nombrado Director de la Escuela Normal. Ocho años más tarde ya ocupó la dirección de la Biblioteca Nacional.

todo lo referente a su cargo como Director de la Biblioteca. El académico Emilio Lledó, actual heredero del sillón "ele" minúscula, inaugurado con Hartzenbusch, habló de su inmenso amor por el conocimiento, y José Luis Abellán, Presidente del Ateneo de Madrid, destacó su fidelidad a sus orígenes y el compromiso con su tiempo. Finalmente Mario Bedera, diputado, llevó al acto los contratos temporales que atestiguan el paso del dramaturgo como taquígrafo del Congreso de los Diputados, señalando, además, su contribución a la creación del cuerpo facultativo de bibliotecarios y archiveros.

El trabajo de Hartzenbusch al frente de la Biblioteca Nacional no fue simplemente un cargo burocrático que asegurara el buen funcionamiento de la institución, sino que se orientó más bien hacia la buena formación del colectivo de trabajadores, a la ordenación de los documentos por su naturaleza (publicaciones periódicas, diarios, libros,

Y aumenta mi confusión el recuerdo del varón ilustre que la suerte, y vuestros votos, me han dado por predecesor. Poco le conocí y traté (y eso que era consuelo y refugio de todo principiante), pero ¿cómo olvidarle cuando una vez se le veía? Enamoraba aquella mansedumbre de su ánimo, aquella ingénita modestia y aquella sencillez y candor como de niño, que servían de noble y discreto velo a las preferencias de su ingenio. Nadie tan amigo de ocultar su gloria y ocultarse. Difícil era que ojos poco atentos descubriesen en él al gran poeta. Y eso era antes que todo, aunque el vulgo literario dio en tenerle por erudito, bibliotecario e investigador más bien que por vate inspirado. Otros gustos, otra manera de ver y de respetar los textos, una escuela crítica más perfecta y cuidadosa, han de mejorar sus ediciones, hoy tan estimables de Lope, Tirso, Alarcón y Calderón: libre será cada cual de admitir o rechazar sus ingeniosas enmiendas al Quijote; pero sobre los aciertos o caprichos del editor se alzarán siempre, radiante e indiscutida, la gloria del

poeta. Gloria que no está ligada a una escuela o un período literario, porque Hartzenbusch sólo en lo accesorio es dramático de escuela, y en la esencia dramático de pasión y sentimiento².

En efecto, su generosidad con los que se le acercaban, en busca de alguna ayuda, era notoria. Por ejemplo, Domingo Faustino Sarmiento, en su libro *De la educación popular*, de 1849, describe su viaje a Europa para visitar centros de enseñanza primaria y secundaria, y para recoger bibliografía, mientras trabajaba en esa obra, que había comenzado en Argentina y Chile. Cuenta que primero visitó muchos centros en Francia, y luego pasó a España para visitar a sus amigos escritores y conseguir contactos para avanzar en su investigación. De Hartzenbusch dice: "En cuanto a la ortografía del castellano y cuestiones que dicen relación a ella, he adquirido conocimientos que puedo llamar completos, y bastarán, si no me engaño, a fijar las ideas a este respecto. Debí al señor Hartzenbusch, bibliotecario real en Madrid, el que se me proporcionasen en la biblioteca de su cargo las

bien solidarios. Favorecía y estimulaba a sus colegas del mundo literario, con perjuicio a veces de sus propias ocupaciones. Por ejemplo, su empeño fue fundamental para que se publicaran las obras de Fernán Caballero, las cuales no habrían visto la luz sin el tesón del amigo, con quien se carteaba a menudo. Es conocida también la carta de Carolina Coronado a Hartzenbusch, en la que se quejaba de la insistencia de la sociedad española en prohibir la lectura a las mujeres, quienes "después de terminar sus ocupaciones domésticas, deben retirarse a murmurar con las amigas o a leer libros que corrompen la juventud". Es decir, el dramaturgo y erudito era, desde su atalaya de académico y director de la biblioteca, un referente continuo para la vida literaria del romanticismo español, y una consulta obligada para todo lo que tuviera que ver con los libros, las publicaciones, el fomento de la lectura y la democratización de la cultura decimonónica.

Fue también secretario del Ateneo de Madrid y Presidente del Consejo de Teatros, ya que su obra

Aunque no llegó a ser Director hasta 1862, su trabajo como bibliotecario comenzó mucho antes. En 1837 abandonó la ebanistería, que ya combinaba desde hacía tiempo con la escritura literaria.

impresiones y manuscritos de los siglos XV, XVI y XVII para esclarecer varias dudas o comprobar mis aserciones"³.

Aunque no llegó a ser Director hasta 1862, su trabajo como bibliotecario comenzó mucho antes. En 1837 abandonó la ebanistería, que ya combinaba desde hacía tiempo con la escritura literaria, y ocupó un puesto como taquígrafo en el *Diario de Sesiones del Congreso*, al tiempo que estrenaba, con enorme éxito, *Los amantes de Teruel*. En 1844 obtuvo un trabajo como oficial primero en la Biblioteca Nacional, llamada así desde 1836; tres años más tarde fue elegido académico y compaginó sus dos cargos hasta que en 1854 fue nombrado Director de la Escuela Normal. Ocho años más tarde ya ocupó la dirección de la Biblioteca Nacional, cargo que, hasta su predecesor, Agustín Durán, se había denominado Bibliotecario Mayor. Allí permaneció hasta su jubilación en 1875. Esa etapa produjo frutos no sólo literarios, sino tam-

literaria giró casi siempre en torno al género dramático. Su afición por el teatro comenzó prácticamente en la adolescencia. Los ahorros que ganaba trabajando con su padre o en talleres ajenos a la familia los empleaba en comprar libros y asistir de vez en cuando a las representaciones teatrales del momento. Su primera visita a un teatro, a principio de los años veinte, cambió por completo su vida, pues quedó absolutamente impresionado por las maravillas de Antinoo en *Eleusis*, ópera de un acto de gran efecto escénico. Tradujo obras francesas de Molière, Voltaire y Alejandro Dumas, y refundió comedias del Siglo de Oro desde 1827, como *El amo criado*, de una pieza de Francisco de Rojas Zorrilla, estrenada en 1829, o *Las hijas de Gracián Ramírez*, en 1831, basada en la obra de Fermín de Laviano *La restauración de Madrid*. A partir de 1837, y animado por el éxito de *Los amantes de Teruel*, redobló su dedicación al arte escénico. En su ánimo debió de influir bastante el comentario elogioso de Larra, que hizo hincapié en la calidad

Cabe destacar su contribución a la Biblioteca de Autores Españoles, una magna obra ideada por Marcelino Menéndez Pelayo que trataba de rescatar todos los clásicos peninsulares e hispanoamericanos desde los orígenes de la literatura hasta el siglo XIX.

de la obra de un desconocido que, en su primera aparición pública como creador, conmueve a las multitudes:

Pasar cinco y seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar a un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar y oír al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle o por el Prado: "Aquel es el escritor de la comedia aplaudida" eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia a sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo y decirle: "Me has creído tu inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiración; de hoy más no estará en tu mano despreciarme, medianía; calúmniame, aborreceme, si quieres, pero alaba". Y conseguir esto en veinticuatro horas, y tener mañana un nombre, una posición, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenía ayer dónde reclinar su cabeza, es algo, y prueba mucho a favor del poder del talento⁴.

Así, los años siguientes fueron los de la escritura febril. Hartzzenbusch se había convertido, de un día para otro, en una de las mejores promesas de la

dramaturgia española del romanticismo. En 1939 termina dos obras: *Doña Mencía* y *La redoma encantada*, el año siguiente tiene lista *Los polvos de la madre Celestina*, y en 1841 *Alfonso el Casto*. Tres años más tarde es cuando empieza a trabajar en la biblioteca, pero ello no le impide seguir escribiendo, publicando y representando. 1845 es el año de *La jura de Santa Gadea* y 1846 de *La madre de Pelayo*. Por último, en 1852 aparece *La luz de la raza*. Pero también escribió sainetes en prosa, como *La visionaria* (1840), *La coja y el encogido* (1842) y *Juan de Viñas* (1844). Y cabe destacar asimismo su contribución a la *Biblioteca de Autores Españoles*, una magna obra ideada por Marcelino Menéndez Pelayo que trataba de rescatar todos los clásicos peninsulares e hispanoamericanos desde los orígenes de la literatura hasta el siglo XIX, con edición de textos y estudios preliminares. Hartzzenbusch se encargó de prologar, corregir y fijar obras de Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, etc. También realizó una magnífica edición del *Quijote* y dejó preparadas numerosas notas para una segunda. Es lógico pensar que reservaría un buen espacio, siendo director de la Biblioteca Nacional, para los volúmenes de esa colección tan especial, que hoy en día sigue siendo una de las más importantes obras de conservación del patrimonio literario en lengua española. ■

Notas

¹ Joseph-Francesc Valls. Prensa y burguesía en el XIX español. Barcelona, Anthropos, 1988, pág. 47.

² Publicado en el suplemento literario al número IX de *La Ilustración Española y Americana*, marzo de 1881, pág. 1.

³ Domingo Faustino Sarmiento. *De la educación popular*. Santiago de Chile, Imprenta de Julio Belín y Compañía, 1849, pág. 6.

⁴ En *Obras de don Mariano José de Larra*. Madrid, Ediciones Atlas, 1960, edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, vol. II, pág. 295.

Ficha Técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

TÍTULO: *Juan Eugenio Hartzzenbusch, el espíritu del Romanticismo*.

RESUMEN: Autor de una de las piezas maestras del Romanticismo, *Los amantes de Teruel*, el madrileño Juan Eugenio Hartzzenbusch (1806-1880) fue un intelectual inquieto y fecundo: trabajador manual, autor teatral, poeta, oficial y director de bibliotecas, traductor, académico de la lengua, ensayista, filólogo y crítico literario. Ocupó el cargo de Director de la Biblioteca Nacional de España durante trece años y trabajó intensamente por la recuperación y conservación del patrimonio literario en lengua española.

MATERIAS: Hartzzenbusch, Juan Eugenio / Autores Literarios / Bibliotecarios.